

¿Un Museo de Arte Oriental?

FEDERICO TORRALBA SORIANO
ANTONIO FORTÚN PAESA

En 1988 ofrecimos a la Ciudad nuestra colección de arte oriental. Este ofrecimiento de donación fue discutido y quizás problematizado por desconocimiento y seguramente mala interpretación, pues surgieron discusiones y comentarios, que en verdad parecían poco oportunos para éste hecho, llegando incluso a publicarse artículos que también partían de pistas equivocadas. En todo caso lo fundamental ha sido el que este asunto ha quedado en punto muerto.

La donación no hay que olvidar que era una donación no testamentaria, sino en vida de los donantes, lo cual la condicionaba en algunos puntos. En primer lugar no interesaba el que la donación fuese guardada en cajas, esperando la instalación, sino que —esta era la primera condición— debía instalarse inmediatamente; y por otra parte parecía lógico que uno de los donantes quedase al frente de la conservación de la colección. En realidad, éstas eran las únicas condiciones. Pero la colección debía ser instalada a costa de quienes la recibían y puesto que se deseaba que fuese contemplada por todos y utilizable para estudio, esos fondos debían de mantenerse y custodiarse en modo adecuado, desde luego público, tanto más que a la colección la acompañaba una copiosa biblioteca especializada, para uso de estudiosos. Los fondos económicos necesarios deberían ser aportados por las entidades sociales y políticas que la aceptaban, pues nosotros aportábamos las obras y la biblioteca, pero no capital para su instalación.

Creo que con lo antedicho está suficientemente claro cuál era nuestra intención y la realidad es que aún después de aquella fecha hemos adquirido piezas, como parecía lógico que lo hiciese el Museo si se hubiese creado.

La colección es notablemente extensa y en el momento actual rebasa las mil piezas. Como todas las colecciones realizadas por particulares de limitada disponibilidad económica, no puede ser seleccionada y adquirida como pueden hacerlos los financieros o las organizaciones estatales; sólo puede comprarse aquello que la economía del propio coleccionista

permite y estar también a resultas de lo que en el comercio puede encontrarse, pero naturalmente teniendo en cuenta las posibilidades como antes indicamos. Esto plantea la carencia de algunas piezas que podrían ser fundamentales y aceptar en cambio aquellas que son posibles.

Teniendo en cuenta lo anterior, creo que la colección es verdaderamente importante y viene a llenar un vacío existente en nuestras colecciones oficiales y particulares.

Todos los grandes museos de Europa y América tienen secciones de arte oriental e, incluso, hay museos monográficos importantísimos, como es el caso de los museos orientales de Roma, Génova y Venecia (entre otros existentes en Italia), así como el de Colonia o los dos parisinos Guimet y Cernuschi; incluso hay uno más modesto en Toulouse. Bellísimo y muy extenso y completo es el Museo Baur, de Ginebra, quizás el más exquisitamente montado de los que conocemos y con un fastuoso catálogo en publicación, por materias. En España, nos enfrentamos con aspectos más limitados o modestos: en el convento de Santo Tomé de Avila hay una discreta colección de arte oriental y más extensa es la mostrada por los Filipinos Agustinos, en Valladolid, con una rica colección de marfiles filipinos y una extensa serie de pintura religiosa china, pero menos rico en otros aspectos. En Béjar hay un pequeño museo, producto de donación, y que muestra algunas piezas interesantes, entre ellas miniaturas persas y objetos de metal japoneses. El Museo de Artes Decorativas de Madrid muestra una limitada colección. Quizás lo que tuvo más entidad fue el Museo instalado en Pedralbes, en los años de la República, como depósito de colecciones particulares, pero que desapareció después de la guerra civil. En otros museos españoles hay secciones más o menos abundantes, en general poco y quizás lo más interesante sea la donación Santos Munsuri en el Museo Etnológico de Madrid. Por todo ello, creemos era plausible la idea de hacer este museo zaragozano.

La colección es producto de lenta compra a través de cincuenta años, destacando un buen número de esculturas en bronce, piedra, madera, porcelana, marfil y otros materiales, entre los que pueden destacar una cabeza de escultura búdica de estilo Gandara, tres terracotas chinas de la época Tang y bronce búdicos notables. Las porcelanas son abundantes y en especial hay una serie notable de celadones chinos antiguos. La pintura está representada por una serie de kakémonos, unos caligráficos, otros pictóricos y en especial uno muy hermoso, representando el descenso de Buda a la tierra. Hay también buen número de tankas tibetanas y nepalíes, de épocas diversas, miniaturas persas sobre papel y una extensa serie de grabados japoneses de los siglos XVIII y XIX, alcanzando el número de piezas de esta índole a más del

centenar. Además de libros persas e indúes antiguos hay también una extensísima colección de libros y álbumes ilustrados japoneses, entre los cuales, a guisa de ejemplo, pueden citarse varios de Utamaro y otros muchos de Hokusai, entre ellos la «Manga» completa (15 volúmenes) o las «Cien visitas del Fuji» (3 volúmenes). Buen número de frasquitos para rapé y también objetos varios de metal, así como diversas piezas de procedencias varias. Seguramente lo más importante de la colección e indudablemente sin rival en España, es la serie de piezas lacadas, muebles, arcas, pequeños muebles, cajas para distintos usos, especialmente escritorios (suzuribako) japoneses, algunos de ellos bellísimos y una nutridísima serie de inros, cajitas para el sello o las medicinas, de las cuales tenemos más de setenta.

Ese es el contenido, a grandes rasgos, de la colección en cuanto a objetos, pero no es menos importante la biblioteca especializada, que en este momento se está catalogando y que alcanzará aproximadamente los dos mil volúmenes. Hay que tener en cuenta que no se trata de obras de publicación reciente solamente, sino que también hay ejemplares de obras agotadas y raras y que para conseguirlas hay que estar en contacto con los libreros anticuarios especializados de América, Inglaterra y Holanda.

Hecho este balance del conjunto de lo que podía haber sido el Museo de Arte Oriental de Zaragoza, parece indicado completar este artículo con las indicaciones que en la propuesta se indicaban, tal como la posibilidad de crear con la biblioteca un centro de estudios, que fuese además lugar en que pudiesen ser ofrecidos intercambios, exposiciones, etc.

Nos ha parecido muy oportuno escribir este artículo para «Artigrama», para hacer notar como, una vez más, la incompreensión y la falta de cariño a las cosas en nuestra tierra, han impedido la creación de este Museo, que, en definitiva, era el logro de una vida en la que los fondos que se podrían haber disipado en fiestas o en «ir de copas, fueron invertidos con amor y estudio a lo largo de los años, que la Ciudad podía acoger y prolongar.



Suzunibako: Interior Laca de oro. S. XVII. Colección particular. Zaragoza.



Caballo. Terracota restos de policromía. China Wei a Sui. S. VI.



Cabeza búdica. Gandara. India. S. III.



Harunobu (1725-1770). «Muchacha junto a la veranda».